

La sonrisa de Hans ·capítulo 8·

Recordaba las palabras que hacía tan sólo un instante Cafira había pronunciado advirtiéndole sobre las sombras, diciéndole que ya estaban dentro. De manera instintiva su mirada se dirigió al sillón-transporte y en una fracción de segundo concluyó que aquella sería la forma de salir de allí. Una vez sentado comprobó que el sillón tenía en el reposabrazos derecho un botón rojo bajo el cual se podía leer “ecolocalización” y, sin pensarlo, Hans lo pulsó. De la parte trasera del sillón salió, como si fuera una capucha, un casco negro que se adaptó perfectamente a la cabeza de Hans privándole de toda visión. Sin embargo, Hans empezó a moverse por el laboratorio con absoluta seguridad. El sistema de ecolocalización le permitía, como a un murciélago, recibir las precisas señales de todos los objetos y desde fuera se observaban sus movimientos con extrañeza porque además de precisos eran del todo inesperados. A Hans, si se le hubiera preguntado, le hubiese costado explicar el modo en el que se desplazaba. Él no veía absolutamente nada con ese casco cubriéndole hasta la altura de la boca pero, a la vez, percibía a través de impulsos su entorno de manera exacta.

Se desplazó, pues, hasta la puerta del laboratorio, la abrió lentamente, tomó aire y se lanzó como un cohete escalera abajo. En el momento en el que el sillón con Hans como piloto apareció en el pasillo de la casa una voz ronca y grave gritó:

- ¡Ahí está!

Un hombre vestido de negro, alto y de anchas espaldas se abalanzó sobre Hans dando un salto. Toda su corpulencia quedó suspendida en el aire por un instante, tiempo suficiente para que Hans, en un movimiento imprevisto, saliese de la sombra que el hombre proyectaba sobre él escapando de la maniobra. El esbirro se desplomó sobre el suelo maldiciendo y provocando un estruendo en medio de una nube de polvo.

A Hans no le dio tiempo a felicitarse por la pirueta porque el sistema de ecolocalización le advirtió que, cerrando el paso, había dos figuras. Delante de él se encontraban otros dos hombres vestidos de negro igualmente corpulentos.

- ¡Detenedle!- gritó desde el suelo el que había fracasado en su intento.

Los dos hombres se enfrentaron a Hans como dos jugadores de rugby esperando la embestida. Sus caras eran como una roca y sus cuerpos, en tal posición, ofrecían al espectador la sensación de una fuerza extrema. Hans venía lanzado y un metro antes de chocar contra ellos el sillón se elevó por encima de sus cabezas con tal rapidez que ambos no pudieron evitar que los pies de Hans les golpearan la cara dejándoles atrás.

El sillón y su piloto se dirigieron hacia la escalera que llevaba a la planta baja con los tres hombres persiguiéndoles. Hans cogió la curva que describía la escalera de manera espectacular y bajo por ella sorteando en el trayecto a otro hombre que sólo abrió la boca sin comprender nada. Al final de su vertiginosa bajada otro hombre, uno más, tan amenazador como los anteriores, le esperaba y Hans intentó que su trayectoria se saliese de la escalera aunque algo debió fallar. Al forzar el giró el sillón hizo un movimiento no calculado por Hans y ambos, sillón y Hans, fueron a parar al suelo junto a un reloj de cuco que se apoyaba en la pared.

Desde el suelo, con un codo dolorido, Hans abrió los ojos y vio a los cinco hombres vestidos de negro que se acercaban sin correr hacia él.

- Se acabó, chico. Fin del viaje- dijo uno de ellos.



<http://www.laboratoriosonoro.es>